

# JUAN SEBASTIAN BACH

1750 - 1950

**E**L hecho ocurrió en 1750, y no podía ocurrir en otra fecha, porque allí se partía el siglo en dos perfectos hemisferios y porque en esa automática tronchadura del tiempo cambiaban las formas de vivir del alma humana: hacia atrás, el ansia mística de la edad media, el romper afanoso de oscuros pasillos en busca de la luz ultraterrena, el poderoso intento renacentista de erguir en firmes arquitecturas los colores, los sonidos, las cadencias verbales errantes en la pasada angustia. Con Bach, y en ese año preciso, la arquitectura musical dejaba rematada la configuración del alma antigua. Hacia adelante, el canon racionalista trataría de amarrar al hombre a su minuto terreno, al goce galante del minuto, también a la pugna por el mendrugo de derechos y de bienestar.

El hecho ocurrió en 1750, y América y nosotros, pobladores de su lejana cornisa occidental, lo ignoramos: se vivía aquí para el diario sustento, para la armada acometida y la defensa incesante, de cara al surco agrícola y resueltos por el dogma los problemas del alma.

Así y todo, el hecho ocurrido en 1750 vuelve hoy día y entra en nosotros, que entonces no le percibimos, como el contrasujeto de una fuga, tal como si el tiempo, en vez de huir de sí mismo, fuese curvándose y volviendo a pasar diversificado y sustancialmente idéntico a la par.

Y ahora, dos siglos después de ocurrido e ignorado el hecho, ofrece a nuestra visión el panorama de esa región central de Alemania, centro también del mapa europeo de

---

entonces, que en el año central del siglo dieciocho sintió reducida a imprevisto silencio la inmensa concha acústica donde el genio de Bach había concentrado en obra propia todos los ritmos musicales del pasado y todas las emociones del alma occidental que buscaron su más trascendente expresión en la polifonía.

Todo hecho muere, por necesaria consecuencia de su ocurrir, en el instante mismo en que cuaja su forma vital; muere el sujeto de una fuga magistral en cuanto el genio del maestro lo capta; pero de esa ceniza surge la forma diversificada, y en la transposición reaparece el hecho tal como si la muerte suya no hubiera sido realidad, sino engañado percibir de nuestros primarios sentidos.

Esa es la lección de Bach, maestro de las fugas: ningún sonido muere; al despertar su inevitable resonancia acústica, hunde sólo su forma externa en la inmediata resonancia; por eso, el hecho de su muerte ocurrido en 1750 e ignorada entonces por nosotros, resuena pujante en 1950 y nos presenta al señor de cortes y capillas de la Alemania central, inclinado todavía sobre sus manuscritos o arrancando del órgano los períodos sonoros en que llevó a perfección definitiva todos los géneros musicales de Occidente.

**Alfonso Bulnes.**